

diez menos cuarto bailan la contradanza unos después de otros, á la manera que los niños recitan el catecismo, y con esto el baile termina.»

A Madama le parecían los minués tan largos, que creía que se bailaban «á ruego de los devotos para que ello les hiciera pensar en la eternidad.» Y no era ella la única á quien fatigaba el retornado de los placeres; en las siguientes líneas de la señora de La Fayette adviértese la impresión de un verdadero aburrimiento que la buena educación impedía exteriorizar: «Hay una cierta cosa que no varía: siempre las mismas diversiones, siempre á las mismas horas y siempre con la misma gente.»

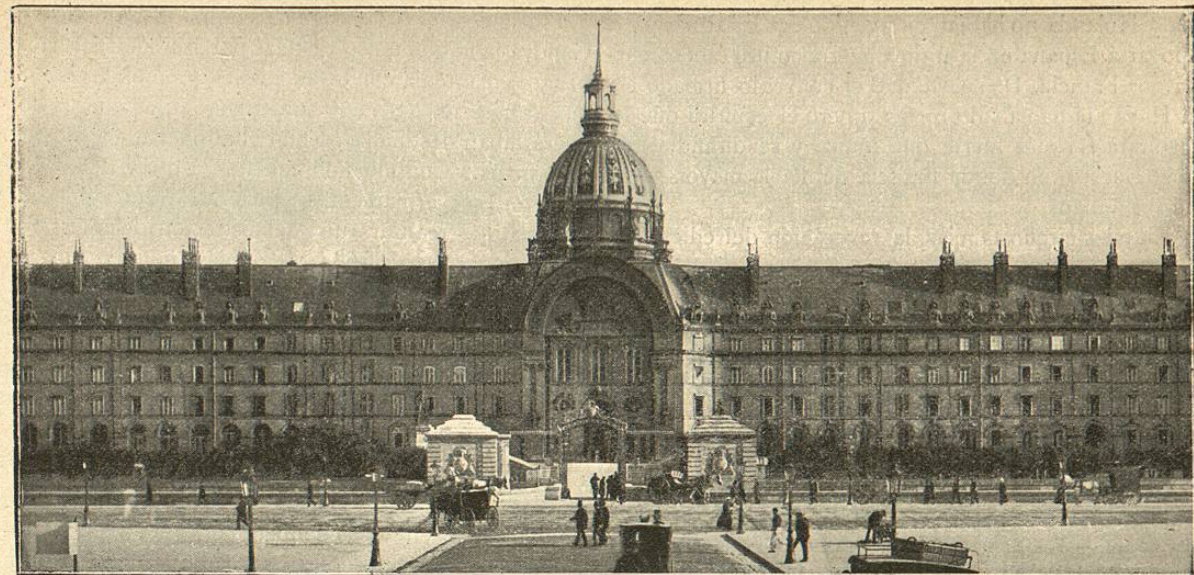
La única verdadera distracción que gusta y no cansa es el juego: «Aquí en Francia, en cuanto se juntan algunos no hacen más que jugar al lansquenete.» Saint-Simón refiere que una noche el rey perdió millones y al despertarse al día siguiente preguntó si todavía era rey. Monsieur hubo de empeñar sus pedrerías para pagar sus deudas de juego, y en casa de la Montespan no eran raras las pérdidas de cien mil escudos. Delante de las mesas de juego, las personas más distinguidas se encanallaban, y los jugadores que, en el palacio real hacían indudablemente un esfuerzo para guardar la compostura, en otras partes, aun en las casas principales, como en la de Monsieur, «arman tanto escándalo como perros cazadores que acosan una presa.» Parecen locos, dice Madama, que no jugaba: «El uno llora, el otro golpea la mesa haciendo retemblar toda la estancia; un tercero suelta tales blasfemias, que se os ponen los pelos de punta; y las mujeres tienen todo el aspecto de endemoniadas.» Bourdaloue se ensañó contra ese vicio favorito: es, dice, una «pasión,» una «rabia,» un «furor,» que engendra «la predisposición para todo y quizás para el crimen á fin de encontrar con qué alimentar el juego.» Es asimismo una «profesión,» un «tráfico,» en el que los arruinados buscan un medio de rehacer su fortuna y los ociosos una distracción.

El fastidio era el compañero natural de una existencia en la que tantos hombres, entre los cuales había muchos dotados de talento y de corazón, necesariamente habían de padecer con su inutilidad, con su ociosidad inquieta, con la violencia impuesta á las palabras, á los gestos, á las miradas.

El mismo rey se siente cohibido: «Si tuvo el arte de reinar, no dejó de ejercerlo un solo momento, y por

consiguiente nunca estuvo expansivo con nadie, ni nadie con él, ni siquiera sus queridas.» Quizás no sintió el cansancio de su perpetuo esfuerzo para ser «rey en todas partes y en todos los momentos,» por haber llegado á ser natural en él ese esfuerzo; y probablemente no reflexionó sobre la falsedad de la existencia que obligaba á llevar á millares de hombres y de mujeres, que vivían delante de él, á sus pies; porque para él era la verdad, tal como él la creía, el que todos los que le rodeaban viviesen contemplándole y adorándole. El rey no se aburre, ni tiene, en realidad, tiempo para aburrirse, pues su cabeza está llena de muchos y muy graves negocios de política exterior, de hacienda y sobre todo de religión. Y no descuida ninguno, sino que más que nunca se hace dar cuenta de todo y es admirablemente exacto en su inmensa labor. Conserva la afición á las construcciones y hace cambiar de sitio las estatuas, variar las fuentes, cegar estanques naturales y abrir estanques artificiales. El espectáculo de su corte no le cansa, porque es hombre que sabe mirar, y después de cenar le entretiene «observar los trajes, las posturas y la gracia de las reverencias.» Tal frase suya, cual descripción, como la que escribió á la duquesa de Borgoña después de haber fijado en ella las primeras miradas, son de un hombre refinado, que conoce á fondo la materia y que está contento de conocerla. Finalmente sabe los secretos de los corrillos y de las intrigas, las miserias, los defectos, en una palabra, toda la comedia, y no hay una persona que no le recuerde alguna historia.

Sabiendo que todo el mundo le mira, conserva siempre el rostro tranquilo; sigue siendo más «fino» más «cortés» que nadie y tiene todavía aquel «encanto de la palabra y de la voz» que tanto seducían. Sin embargo, comienza á notarse en él un cambio; en la intimidad está con frecuencia triste y de mal humor; en su rostro, más grave y hasta taciturno, la experiencia de la vida, una experiencia tan abundante, ha grabado el surco del desdén. Más de un aviso le ha recordado ya su mortalidad; los dientes se le han caído, su mandíbula está cariada, tiene los labios encogidos y las mejillas lacias. Padece cólicos é hinchazones de vientre, y pronto sobrevendrá la grande crisis de la «fístula.» Todo su cuerpo se ha vuelto pesado, pero, desvanecida la gracia, quédale la majestad que subsistirá hasta el final y se agrandará y llegará á ser soberbia en las tristezas y en la ruina que se acercan.



Cuartel de los Inválidos (de fotografía)

LUIS XIV. FIN DEL REINADO (1685-1715)

POR A. DE SAINT LEGER, A. REBELLIAU, P. SAGNAC Y ERNESTO LAVISSE (1)

LIBRO PRIMERO

LA POLÍTICA Y LA GUERRA, DESDE LA TREGUA DE RATISBONA HASTA LA PAZ DE RYSWYK (1684-1697) (2)

CAPÍTULO PRIMERO

LA PAZ ARMADA (3)

I. Política amenazadora. — II. La liga de Augsburgo. — III. Cuestiones del derecho de asilo y del electorado de Colonia. — IV. Ruptura de la tregua de Ratisbona.

I.—Política amenazadora

Luis XIV sólo había obtenido de Europa, con la tregua pactada en Ratisbona en 1684, un consentimiento provisional á las adquisiciones por él realizadas des-

pués de la paz de Nimega. El emperador, que había aceptado aquella tregua por la única razón de que no podía hacer la guerra en el Rhin y en Hungría al mismo tiempo, proponíase reanudar la lucha contra Francia en cuanto las circunstancias fuesen favorables. Sue-

Geschiedenis van het Nederlandsche volk, de P. J. Blok, t. V, Groninga, 1902, consúltense: C. Rousset, *Histoire de Louvois*, París, 1863, cuatro vol., los dos últimos. Legrelle, *La diplomatie française et la succession d'Espagne*, 1.^a ed. en cuatro vol., París 1882-1892, el primero; 2.^a ed. en seis vol., Braine-le-Comte, 1895. Macaulay, *Histoire d'Angleterre depuis l'avènement de Jacques II*, trad. J. de Peyronnet, 1875, t. II y III. *Histoire d'Angleterre sous le règne de Guillaume III*, trad. Pichot, 1861, los tres primeros volúmenes. Sirtema de Grovestins, *Guillaume III et Louis XIV*, Saint-Germain-en-Laye, 1868, ocho vol., los t. V y VI. Onno Klopp, *Der Fall des Hauses Stuart und die Succession des Hauses Hannover in Gross-Britannien und Ireland* (1660-1714), Vienne, 1875-1888, 14 vol., los t. V, VI y VII. D. Carutti, *Storia di Vittorio Amedeo II*, 3.^a ed., Turín, 1897. Conde de Haussenville, *La duchesse de Bourgogne et l'alliance savoyarde sous Louis XIV*, París, 1898, el t. primero. H. Lonchay, *La rivalité de la France et de l'Espagne aux Pays-Bas* (1635-1700), Bruselas, 1896.

(3) FUENTES: Spanheim, *Relation de la cour de France en 1690*. Ed. E. Bourgeois, París-Lyón, 1900. Conde de Avaux, *Négociations en Hollande* (1679-1688) París, 1752, seis vol. P. L. Müller, *Wilhelm III von Oranien und Georg Friedrich von Waldeck* (1684-1692), La Haya, 1873-1800, dos vol. *Zur Vorgeschichte des Orleans'schen Krieges. Nuntiatenberichte aus Wien und Paris* (1685-1688), pub. por Max Immich, Heidelberg, 1898.

OBRAS: G. F. Preuss, *Oesterreich, Frankreich und Bayern in der spanischen Erbfolgefrage*, (1685-1689). «Histor. Vierteljahr-

cia y Holanda no habían intervenido con las armas para apoyar á España en la última guerra contra ésta sostenida por Francia. De suerte que el convenio firmado en la Haya (1) había sido ineficaz; pero el espíritu que lo inspirara era más fuerte que nunca y se difundía por toda Europa, en donde Francia perdía la mayor parte de sus amigos.

En tales circunstancias, la revocación del edicto de Nantes causó un efecto desastroso, y como simultáneamente el católico Jacobo II sucedía en Inglaterra á su hermano, y en el Palatinado el católico Felipe de Neuburgo al calvinista Carlos de Simmern, los protestantes se alarmaron ante la posibilidad de la formación de una liga para el exterminio de la Reforma.

En Holanda tratóse de expulsar de la República á los jesuitas y á los miembros de las congregaciones católicas; los predicadores se desataron en invectivas contra Francia, y por las calles cantáronse canciones ofensivas para Luis XIV. En Inglaterra, Jacobo II, á fin de congraciarse con la opinión, hubo de desaprobado la conducta del gobierno francés y de hacer distribuir, de sus fondos particulares, algunos socorros á los protestantes franceses refugiados en sus Estados. El elector de Brandeburgo siempre se había interesado por sus correligionarios de Francia, interviniendo cerca del rey en favor de ellos y acogiendo á los fugitivos; y su representante en París, Spanheim, organizó, después de la revocación del edicto, algunas agencias de emigración. Federico Guillermo, en 8 de noviembre de 1685, respondió al edicto de Fontainebleau con el de Potsdam, que prometía á los emigrados asilo y socorro en sus dominios, y cuando Luis XIV se lamentó de la parte dispositiva del edicto y del preámbulo que deploraba las persecuciones, el gran elector contestó en términos altivos: «Si el rey de Francia demuestra ante el mundo entero, con actos tan ruidosos, el celo que emplea en propagar su religión, ¿cómo puede inculparnos porque no seamos indiferentes á la nuestra y abramos los brazos á nuestros infelices correligionarios que sacrifican á su conciencia todos sus bienes y prefieren una vida miserable á la abjuración?»

El rey conocía los sentimientos de Europa y los arrojó, no sólo por orgullo (2), al parecer, sino, además, por cálculo, pensando que en el momento en que cesara el miedo que infundía, todas las potencias se unirían en contra suya, y que, por consiguiente, era menester seguir intimidándolas, imponerse á ellas hasta el punto de que ni siquiera pudiese «pasarles por la imaginación la idea de medir sus fuerzas con él.»

schrift,» 1501. Fruin, *Prins Willem III in zijn verhouding tot Engeland*, en el t. V (1902) de sus *Verspreide Geschriften*. G. Pagés, *Le Grand Électeur et Louis XIV* (1660-1688), París, 1905. R. Durand, *Louis XIV et Jacques II à la veille de la Révolution de 1689*, «Revue d'histoire moderne,» 1908.

(1) Véanse págs. 333 y 334.

(2) En 28 de marzo de 1686 inauguróse el monumento de Luis XIV erigido por La Feuillade en la plaza de las Victorias. El rey estaba representado en él en actitud de pisotear un Cancrbero, símbolo de la triple alianza, y alrededor del pedestal había las estatuas de los pueblos vencidos y algunos bajos relieves. El rey de Suecia, á quien muchos afirmaban reconocer en una de aquellas figuras, y el gran elector que veía en otras la personificación del Elba y del Óder, sintieron en extremo mortificados. Véase A. de Boislesle, *Notices historiques sur la place Vendôme*, en las «Mémoires de la société d'Histoire de Paris,» 1888.

Prosiguiendo sus designios contra la república de Génova, á la que quiso castigar por las buenas relaciones que mantenía con los españoles, prohibióle en 1683 que armase sus galeras y construyese otras nuevas porque estaban destinadas, según él afirmaba, «al servicio de España.» Continuando aquéllos, á pesar de tal prohibición, sus armamentos, Luis XIV encargó á du Quesne que realizara una demostración delante de la ciudad, en mayo de 1684, y Seignelay notificó á los genoveses que para recobrar la gracia del rey, habían de entregar cuatro galeras recientemente construídas, facilitar el tránsito de la sal destinada á la guarnición francesa de Casal, y enviar á Versalles cierto número de senadores que presentasen sus disculpas en nombre de la República, conminándoles, en caso de no obedecer á ese ultimátum, con que tendrían ocasión de ver «cuán espantosos son los efectos de la cólera de un rey tan grande.» Los genoveses deliberaban sobre aquella intimación cuando las galeotas bombardas de la escuadra francesa rompieron el fuego (3). En seis días, diez mil bombas destruyeron las tres cuartas partes de la ciudad, alcanzando el incendio tales proporciones, «que de noche podía leerse en los barcos del rey, distantes más que del alcance de los cañones.» Después, las tropas francesas efectuaron un desembarco en San Pier d'Arena é incendiaron, «por medio de fuegos de artificio, aquel hermoso arrabal en donde abundaban los edificios de mármol.»

La escuadra hizo de nuevo á la vela, pero Tourville quedó allí con algunas naves esperando la sumisión de la ciudad. Los genoveses no parecían dispuestos á rendirse, por lo que Louvois preparó una nueva expedición, y habiendo el nuncio del papa intentado conmovér á Luis XIV, respondióle éste que no quería apropiarse nada de la República, pero que se proponía devastar su territorio á fin de «ofrecer un memorable ejemplo de su venganza á todos los que se atreviesen á ofenderle.» Génova se sometió en enero de 1685, y el dux, á pesar de que la ley le prohibía salir de la ciudad, fué en persona á presentar al rey la sumisión de su república.

Las expediciones contra los berberiscos alarmaron á las potencias marítimas. En 1681, du Quesne había perseguido á los tripolitanos hasta los puertos del archipiélago y bombardeado Chío, en donde aquéllos habíanse refugiado; y en 1683 y 1685 Trípoli fué bombardeada por du Quesne y de Estrées. Argel sufrió tres veces la misma suerte: en 1682, Duquesne había lanzado sobre ella más de trescientas bombas (4); al año siguiente, había recibido el almirante orden de «reducir aquella ciudad á cenizas;» y aún fué necesario un tercer bombardeo en 1688 para imponer, en 1689, la paz á los argelinos. Los tunecinos y los marroquíes, amenazados de correr la misma suerte, se habían sometido inmediatamente (5).

(3) Véanse los pormenores de aquella expedición en Yal, *Abraham du Quesne et la marine de son temps*, t. II (1873).

(4) En aquella expedición ensayáronse por vez primera las galeotas bombardas, inventadas por Renau de Elicegaray, á quien se denominaba el Pequeño Renau. Respecto de esas máquinas, véase Yal, en el t. II de la obra antes citada.

(5) Véase P. Masson, *Histoire des établissements et du commerce français dans l'Afrique barbaresque* (1560-1793), París, 1903.

En España continúa pareciendo inminente la muerte de Carlos II, y el emperador, que se tiene por único heredero legal, promete á su yerno, el elector Maximiliano Manuel de Baviera, quien de antemano ha renunciado á hacer valer los derechos de su esposa á la herencia, que le hará dar el gobierno de los Países Bajos (1): Luis XIV concentra sus tropas en la frontera de los Pirineos, y envía á Madrid á Feuquiere con encargo de manifestar que si S. M. el rey de España daba una parte de sus Estados á un príncipe «que nada debe pretender sobre ellos,» podría «verse en un aprieto para conservar los territorios que más sensiblemente le afectan.» Carlos II contesta que nada sabe de tales proyectos y Luis XIV hace pública esa declaración y aprovecha aquella coyuntura para recordar los derechos que á la sucesión de España tiene el Delfín.

Una cuestión mercantil estuvo á punto de promover la guerra entre Francia y España. El gobierno de Madrid, aunque había reservado á sus nacionales el monopolio del comercio con sus colonias de América, solía tolerar que algunos comerciantes extranjeros participaran de ese tráfico (2); pero habiendo cesado esa tolerancia en 1685, Luis XIV envió, al año siguiente, á las aguas de Cádiz una escuadra y obligó «á los españoles á suprimir los nuevos impuestos con que habían gravado todas las mercancías de las Indias occidentales, en el comercio de las cuales estaban interesados los negociantes franceses por treinta ó cuarenta millones, y á no impedir en lo sucesivo que los buques de éstos se juntaran á la flota que todos los años iba á buscar oro y plata al Perú, y cargaran allí sus mercancías como de costumbre.»

La política de Luis XIV con el emperador y el imperio fué en un principio prudente, habiendo demostrado el rey gran moderación en el asunto del Palatinado á fin de inducir á Leopoldo á convertir en tratado definitivo la tregua de Ratisbona.

El día 26 de mayo de 1685 fallece sin hijos el elector palatino Carlos de Simmern, y Felipe Guillermo de Neuburgo, católico y suegro del emperador, toma posesión de la herencia y se hace admitir en el colegio electoral. Luis XIV protesta y hace valer los derechos de su cuñada, «Madama,» hermana del elector difunto, reclamando en nombre de ella la fortuna mobiliaria de Carlos y una parte del Palatinado del Rhin que comprende la ciudad de Oppenheim, el principado de Simmern con la ciudad de Kaiserlautern, y una porción del condado de Sponheim. Declara, además, que tendría derecho de ocupar todo el territorio, pero que renuncia á ello para no perturbar el imperio, que se halla en guerra con los turcos; y en efecto, en lugar de proceder, como de costumbre, por vías de hecho, envía al padre Morel para entablar negociaciones, afirmando que quiere «llegar á un arreglo amistoso» en lo concerniente á lo que á Madama corresponde, y aun proponiendo, en 10 de octubre, someter el litigio al arbitraje del papa. Mas como los príncipes alemanes están resueltos á no tolerar la intervención pontificia en un asunto puramente germánico, la cuestión del Palatinado inspira á Alemania, á pesar de la moderación de Luis XIV, el temor de una nueva conquista en plena paz.

(1) Véase más adelante.

(2) Véase pág. 255.

TOMO IV

En las Provincias Unidas, el embajador francés, de Avaux, seguía la política tradicional, consistente en formar con los republicanos y especialmente con la municipalidad de Amsterdam y contra los príncipes de Orange, «un partido que siendo poderoso y estando irritado, habría favorecido los designios de Francia.» Por desgracia «en la época en que los Señores de Amsterdam se sostenían vigorosamente... lo sucedido á los correligionarios de Francia hizo aplazar sus esfuerzos, con gran ventaja para el príncipe de Orange. Recobraronse, sin embargo, de aquel abatimiento; pero cuando se les molestó en su comercio, prohibiendo la entrada de sus arenques en Francia é impidiendo, contra las disposiciones de los tratados, la venta de sus paños; cuando se vieron sin permiso para vender y para sacar fuera del reino, perdieron su crédito y la confianza que en ellos tenían los pueblos; de suerte que, hallándose incapacitados de hacer algo por Francia é imposibilitados hasta de mantenerse á sí mismos, unos y otros se sometieron al príncipe de Orange á fin de no ser arrastrados por el torrente.»

La política de Francia con los aliados que le quedaban fué dirigida de tal modo que á ninguno de ellos le quedó la más pequeña esperanza de sacar el menor provecho de una alianza útil solamente para una de las partes.

El elector de Brandeburgo, cuya intervención fué tan oportuna cuando las negociaciones de 1684, imaginábase ensanchar sus Estados á costa de Suecia. Opúsose á ello el rey y entonces el elector trató de aproximarse á Holanda; pero Luis XIV, así que se enteró de que entre ambos Estados se había firmado, en 23 de agosto de 1685, un convenio defensivo, quiso obligar á su aliado á declarar por escrito que continuaría observando los tratados existentes con Francia, fuese cual fuese el nuevo compromiso contraído, y que en adelante no contraería ninguno más sin el asentimiento del monarca francés. Federico Guillermo resistióse tanto como pudo y en 5 de noviembre de 1685 sometióse á medias, es decir, no firmando la declaración exigida, pero escribiendo una carta concebida en términos equivalentes á los de la declaración. Aquella prueba de la «sumisión de la corte» de Berlín fué, al parecer, un gran triunfo para la diplomacia francesa, pero fué también una herida inferida al elector.

Luis XIV desconfiaba con razón del duque de Saboya, por más que ese príncipe estuviese ligado á él por un tratado firmado en 1682 y por su matrimonio con una hija de Monsieur. Víctor Amadeo, hombre ensimismado, ardiente y ambicioso bajo una apariencia de frialdad, tenía muchos puntos de semejanza con Guillermo de Orange y su conducta parecíase también mucho á la de Federico Guillermo. La curiosa analogía entre los caracteres y los procedimientos de las casas de Saboya y de Hohenzollern acentuábase cada vez más. El rey trató á Víctor Amadeo como á un niño; así, habiendo querido éste, en octubre de 1684, ir á pasar algunas semanas en Venecia, Luis XIV, sospechando que ese proyecto encubría una intriga diplomática, le prohibió el viaje. El duque de Carignán, heredero entonces de Saboya, casóse en secreto con una princesa de Módena, y el rey, que se había opuesto á aquel matrimonio, quiso hacerlo anular; pero el duque de

Saboya, se contentó con desterrar á Carignán y se escudó con el dictamen del Consejo de conciencia para declarar imposible la anulación. Poco tiempo después, el príncipe Eugenio de Saboya, que por haber caído en desgracia de Luis XIV entró á servir en el ejército imperial, fué bien recibido en la corte de Turín, y con este motivo el embajador francés amonestó á Víctor Amadeo en los términos más ofensivos y declaró que ya no se pagaría el subsidio prometido en el tratado de 1682.

Quando en octubre de 1685 el embajador, marqués de Arcy, notificó á Víctor Amadeo la revocación del edicto de Nantes, instóle para que tomase rigurosas medidas contra los millares de herejes que, con el nombre de valdenses ó *barbets*, vivían en ciertas aldeas de los Alpes, pues el rey temía que aquel territorio sirviera de asilo á los fugitivos del Delfinado. Víctor Amadeo acogió «con toda clase de respeto y de agradecimiento» los consejos de Su Majestad, pero pidió que le dieran un plazo para reflexionar, «ya que muchos de sus predecesores habían intentado en vano hacerlo y aun habían originado, con tales empresas, graves desórdenes en aquellas comarcas.» Buscó el duque paliativos y recurrió á expedientes, hasta que al fin, en abril de 1686, las tropas de Francia y de Saboya, en número de siete á ocho mil hombres, mandadas por Catinat, penetraron en los valles y comenzaron á «limpiar el país de aquellas obscenidades.» En mayo quedó quebrantada la resistencia, que ya no se manifestó más que en movimientos de partidas, reprimidas de una manera atroz; y en junio todo había terminado: «Este territorio, escribía Catinat, está enteramente desolado; ya no hay en él ni población ni rebaños.»

En Inglaterra tratábase de proseguir con el rey Jacobo la política que tan buenos resultados diera con Carlos II y que consistía en neutralizar una nación manifestamente hostil, mediante la adhesión voluntaria ó forzada de su rey; y para ello era necesario poner al gobierno inglés en la imposibilidad de sostenerse sin el apoyo de Francia y, por ende, enemistarlo con el parlamento. «Puede considerarse como una máxima indudable, escribía el embajador de Francia Barillón, que el acuerdo entre el rey de Inglaterra y su parlamento, lógrese como se logre, no es conveniente á los intereses de Su Majestad.» Luis XIV comenzó por enviar al nuevo monarca un subsidio de quinientas mil libras. «No hay otro rey como el vuestro, dijo Jacobo á Barillón para hacer las cosas tan bien y tan noblemente; nunca le estaré bastante agradecido. Decidle que mi adhesión durará tanto como mi vida.» Declaró, además, que el gobierno no se opondría á que Francia se anexionase el Brabante ó el Hainaut y envió un embajador extraordinario para expresar á Luis XIV su agradecimiento. Pero aquel mismo Jacobo que tenía el sentimiento de su propia dignidad y un concepto elevado de la grandeza inglesa, quiso conocer minuciosamente los honores que en Versalles se tributaban á su enviado á fin de tratar de igual manera al embajador de Francia en Londres. «El rey mi hermano, decía Luis XIV sonriéndose, es altivo, pero le gustan las pistolas de Francia.» Sin embargo, algunas reformas realizadas en la marina inglesa, la confianza otorgada por Jacobo á un adversario de la influencia francesa, el marqués de Ha-

lífax, el desvío con que era tratado el embajador francés y ciertos rumores de alianza con los enemigos de Francia llevaron la alarma á la corte de Versalles.

Esas veleidades de independencia no podían durar. Jacobo II quería ser «absoluto en su país, tener un fuerte ejército permanente, revocar el acta de *Habeas corpus* que protegía la libertad individual contra detenciones arbitrarias y sobre todo abolir el acta del *Test*, que excluía á los no anglicanos de las funciones públicas, y restablecer en su reino el catolicismo. El parlamento se alarmó y los *whigs*, defensores de los derechos de la nación, se unieron con los *tories*, partidarios de la obediencia pasiva al soberano, pero anglicanos en el fondo de su alma. Luis XIV enconó el conflicto haciendo que el embajador Barillón y otro diplomático francés, Bonrepaus, que negociaba en Londres un tratado de comercio, excitaran al rey Jacobo á sentar firmemente su autoridad en su reino y á proteger su religión.» El monarca francés trabajaba, sin darse de ello cuenta, por la revolución de Inglaterra que había de serle tan fatal.

II.—La liga de Augsburgo (1)

En el entretanto, Guillermo de Orange y el emperador Leopoldo se dedicaban á unir á Europa contra Francia. Para Guillermo, la lucha contra Luis XIV era entonces más que nunca la condición de su autoridad en Holanda y de su consideración en Europa (2); de ella dependía su carrera; así es que se aprovechó de las violencias y de las faltas por el rey cometidas. Los ciudadanos de Amsterdam, ofendidos en sus opiniones religiosas y perjudicados en sus intereses comerciales, cesaban en su oposición al estatúder; el rey de Inglaterra renovaba con los Estados Generales, en 27 de agosto de 1685, los antiguos tratados de alianza; el elector de Brandeburgo, aunque sujeto á la alianza de Francia, simpatizaba del todo con los holandeses; el rey de Suecia firmaba, en 12 de enero de 1686, un nuevo tratado de unión con ellos; y, lo que era más importante, el Gran Elector, por mediación de Guillermo de Orange, concertaba con el rey de Suecia un pacto en cuyos artículos secretos se tenía en cuenta el creciente peligro de su religión. Esas alianzas, aun puramente defensivas, eran el punto de partida de una liga de todas las potencias protestantes contra Francia.

Por otra parte, las potencias católicas se agrupaban en torno del emperador, y mientras Luis XIV conspiraba con los turcos, Leopoldo aparecía como el defensor del mundo cristiano contra los infieles. Las victorias alcanzadas demostraban que el imperio no estaba tan debilitado como se creía y parecía próxima la conquista de Hungría y Transilvania. Leopoldo, una vez libre de enemigos peligrosos, podría dirigirse contra Francia. En Viena, un partido poderoso aconsejaba ya que se firmase la paz con los turcos, y el elector de Baviera, desde que en 1685 se casara con la archiduquesa María, se mostraba más adicto que nunca á los Habsburgos. Éstos podían contar con la alianza de España, que tenía tantas injurias que vengar y esperaba siempre en

(1) Fester, *Die Augsburger Allianz von 1686*. Munich, 1893.

(2) E. Bourgeois, *Manuel historique de politique étrangère*, t. I, pág. 88.

un cambio favorable de la suerte; el duque de Saboya estaba impaciente por sacudir el yugo francés, y el papa tenía puestas todas sus simpatías en el príncipe que realizaba su aspiración más ardiente, la cruzada.

Católicos y protestantes no tardaron en aproximarse y llegar á un acuerdo común. El elector de Brandeburgo comprometiése poco á poco con el emperador, y el agente imperial en Berlín, Fridag, supo conquistar gran influencia sobre aquella corte y particularmente sobre el príncipe electoral, consiguiendo que Federico Guillermo enviase, en 1686, un contingente de algunos miles de hombres al ejército de Hungría. Dos meses después, en 22 de marzo, firmóse un tratado secreto, en el que, á cambio de algunas ventajas, la principal de las cuales se anulaba de antemano (1), Federico Guillermo pactaba una alianza defensiva por veinte años con el emperador. Los dos príncipes se obligaban á mantener la tregua de Ratisbona y á impedir todo perjuicio causado al imperio, con el nombre de reuniones, dependencias, etc., particularmente en la región del Palatinado y de Juliers; y además el Gran Elector prometía dar su voto á un Habsburgo, en caso de elección para la corona imperial, garantizar á España le posesión de los Países Bajos y apoyar, si preciso fuese, con las armas las pretensiones austríacas á la sucesión española (2).

Otro pacto se firmó que estaba llamado á tener gran celebridad. Los círculos de la Alemania occidental habían pensado en agruparse para protegerse mutuamente contra Francia. El círculo de Franconia había tomado la iniciativa del acuerdo y el emperador comprendió el partido que de semejante proyecto podía sacarse. En junio de 1686 reunióse un congreso que dió por resultado la formación, en 9 de julio, de la «liga de Augsburgo,» cuyos miembros eran el emperador, el rey de España por el círculo de Borgoña, el rey de Suecia por sus Estados de Alemania, el elector de Baviera, el círculo de Franconia y la casa de Sajonia-Ernestina, y á la que se unieron poco después el círculo del Alto Rhin, el elector palatino y el duque de Holstein-Gottorp.

El tratado parece ser puramente defensivo, pues en él sólo se trata de la unión de los Estados alemanes para conservar la libertad de la querida patria y para asegurar el respeto á los tratados de Westfalia y de Nimega y de la tregua de Ratisbona. Los asociados se declaran solidarios y dispuestos á enviar sus tropas en auxilio del que se viere «atacado ó molestado por investigaciones injustas y peticiones ilegítimas;» y para este caso se fija el contingente de cada uno de ellos y la distribución de los mandos, se ordena la práctica de maniobras todos los años y se dispone el establecimiento de una caja común en Francfort.

Aquella liga, que juntaba á los Estados alemanes del Sur dos Estados situados en los extremos de Europa, Suecia y España, y que no comprendía á Sajonia ni al Brandeburgo, carecía de cohesión y de fuerza real. Sa-

(1) Nos referimos á la cesión del círculo de Schwiebus, que pedía Federico Guillermo y el emperador le negaba. Al fin Leopoldo cedió aquel distrito á Brandeburgo; pero el príncipe electoral, para obviar la dificultad, habíase comprometido de antemano á restituírselo en cuanto subiera al trono.

(2) Ese convenio secreto, firmado en 22 de marzo, fué ratificado en 28 de junio y completado, en aquel intervalo, con un tratado público que lleva la fecha de 7 de mayo.

boya, el Brandeburgo, las Provincias Unidas é Inglaterra fueron instadas para ingresar en ella; y si bien es verdad que en Holanda de Avaux hizo fracasar los proyectos del príncipe de Orange, habiendo los Señores de Amsterdam afirmado sus intenciones pacíficas y aun obtenido la reducción de los gastos para el ejército y la marina, y que el rey de Inglaterra se negó á ocuparse de los negocios de Europa mientras no hubiese restablecido su autoridad en el interior y hecho algo en pro de su religión, por otra parte Guillermo de Orange se entendió con el Gran Elector, y Federico Guillermo, en la entrevista celebrada en Tréveris, en agosto de 1686, prometió su apoyo á los aliados en caso de una guerra con Francia.

Luis XIV intentó romper la coalición que se formaba, y á este efecto su diplomacia trabajaba en todas partes. En Roma se quejó de la lentitud con que procedía la curia romana en el arreglo de la sucesión palatina, amenazó con invadir Alemania para asegurar los derechos de Madama y para adelantarse á la ofensiva de sus enemigos, y mandó reforzar las obras de Landau y completar las defensas de Huninga con la construcción del fuerte Luis, en una isla del Rhin, y de varias trincheras en las tierras del margrave de Baden.

La liga no se hallaba en estado de intervenir, pues sus tropas no estaban dispuestas, y el papa Inocencio XI, que veía su obra de cruzada amenazada por una nueva guerra entre cristianos, ofreció su mediación á las Cortes de Viena y de Versalles. El nuncio quiso convencer á Colbert de Croissy de que el emperador, lejos de violar la tregua, deseaba convertirla en una paz equitativa y sólida, y Croissy hizo pedir inmediatamente al papa que apresurase la conclusión de un tratado definitivo con el emperador antes de 1.º de abril de 1687. Inocencio XI negóse á encargarse de la negociación, pretextando la insuficiencia del plazo concedido, no obstante lo cual la proposición fué transmitida á la dieta de Ratisbona y aun pudo creerse, por un momento, que sería aceptada, pues los electores de Maguncia, Colonia y Tréveris la aprobaban y el de Brandeburgo no se oponía á ella. Pero el Palatino exigía que Luis XIV renunciase á toda pretensión sobre sus Estados, y el emperador se limitó á declarar, en marzo de 1687, que no pensaba en concertar la paz con los turcos ni en hacer la guerra á Francia y que cumpliría en todas sus partes la tregua. Luis XIV, que no deseaba la guerra, se dió por satisfecho; pero dejó subsistentes las fortificaciones que había construído en la orilla derecha del Rhin, cerca de Huninga, y el fuerte de Mont-Royal que levantaba en una isla del Mosela, más abajo de Tréveris, y aun obtuvo la seguridad de que el imperio no tomaría pretexto de la construcción de aquellas obras para declarar la guerra á Francia, siendo esta la única ventaja que sacó de aquellas negociaciones.

III.—Cuestiones del derecho de asilo y del electorado de Colonia (3)

No estaban aún terminadas tales negociaciones cuando ya el rey promovía un nuevo conflicto, esta vez con el papa. Las graves disensiones entre Roma y Versalles,

(3) Consultense los trabajos de Guérin en la «Revue des questions historiques:» *Le pape Innocent XI et le siège de Vienne*